

## Valor Yébenes, Juan Antonio (2025): *Qué será de nosotros: cómo la IA transforma la humanidad*, Madrid, Editorial Plaza y Valdés.

Javier Taravilla Herrera  
Universidad Complutense de Madrid ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/asem.109295>

Podríamos empezar por una cita del prólogo de Markus Gabriel. El texto que vamos a reseñar es, según este autor alemán, “una meditación sobre lo que significa lo humano cuando el propio pensamiento ha empezado a externalizarse en las máquinas” (13).

Y esta externalización está en marcha desde hace décadas. El texto de Juan Antonio Valor es una atrevida obra de antropología y ontología, pues es una invitación a pensar qué sea el ser humano y qué la realidad, en un mundo en que hemos externalizado el pensamiento en máquinas. La pesquisa histórica de Valor comienza en 1934, cuando Alan Turing, conocido científico y padre de la informática, empieza a barruntar la posibilidad de que la matemática —que pasaba por ser una de las más altas expresiones de la inteligencia humana— pudiera ser realizada, recreada, simulada o producida por máquinas. El nacimiento de los algoritmos. Esa recreación del vértice del ingenio humano abre la puerta a que podamos imaginar otras capacidades igualmente reproducidas. Es el comienzo de una reflexión, en este libro, que nos llevará de Descartes y Kant o las series actuales, Edgar Allan Poe y las promesas de la Ilustración, hasta las consecuencias existenciales de las posibilidades de la IA. Los análisis y propuestas del texto nos pueden llevar desde un análisis crítico de la libertad y la abducción, hasta la medición de las consecuencias de la muerte de Dios.

Porque esta es la tesis que disputa: podemos afirmar que la conciencia y la inteligencia humana pueden ser, en un futuro no muy lejano, plenamente realizadas por máquinas. No solo la matemática antes citada, sino toda nuestra vida consciente. Porque el texto es profundamente *emergentista*: no podemos negar la posibilidad de que, desde el procesamiento de relaciones y algoritmos recursivos, veamos surgir algún tipo de inteligencia artificial general en el futuro cercano. Vemos emergencias por doquier, por lo que nada nos impide pensar que pueda haberla en las variables del pensamiento humano. No lo podemos negar *a priori* ni es lo que nos marca la evidencia. Por ello pregunta Valor: “¿por qué no puede haber una inteligencia no humana, ni peor ni mejor, ni mayor ni menor, ni superficial ni profunda, simplemente distinta?” (33).

En sus dos primeros capítulos encontramos una tesis que tal vez conozcamos: no son las máquinas particulares sino la red, lo que nos permite ver resultados de computación esperanzadores. Internet es la “mega máquina” que nos podría llevar a pensar que en algún momento emerja la conciencia en lo artificial. Una red que permite, en una suerte de “efecto Golem”, que distintos dispositivos adquieran funciones y vidas nuevas e insospechadas. En esta línea, ¿cabe la posibilidad de imaginar máquinas que en no mucho tiempo simulen, imiten y *encarnen* algunas de las capacidades de la inteligencia humana? No podemos negarlo. En opinión de Valor “no podemos descartar que la conciencia surja en máquinas suficientemente complejas y potentes” (38), al tiempo que podemos imaginar la obsolescencia del moderno método científico. Según el autor, a partir de los *LLM*'s y los *big data*, podremos ver este método como “algo pequeño y hasta ridículo, la reliquia de una modernidad que se autoproclamó ilustrada y que a la luz de los tiempos resultó ser nada más que otro episodio dogmático y antropocéntrico de la historia de la humanidad” (31) ¿No encontramos resonancias a las últimas partes de algunos de los textos más famosos de Foucault?

En el capítulo tres, titulado “Realidad fluida”, hace una interesante lectura del concepto de “sustancia”. Propone que dejemos de pensarlo como una suerte de elemento inmaterial permanente localizable en los objetos, para verlo como el resultado de las relaciones de las entidades con su contexto. La esencia

de la mesa no se mantiene si cambiamos su uso y función, y la convertimos en una escalera o en una pista de baile. Aquí hay una innovación teórica: cuando podemos leer la historia de la filosofía occidental como una búsqueda denodada de las esencias, la propuesta de Valor Yébenes es que las estas son como los números: solo podemos definir las en base a sus relaciones. A nadie se le ocurre preguntar cuál es la esencia del 17 sino en relación con las operaciones que quiera realizar. Eso le lleva a reflexionar sobre el carácter de la verdad, preguntar qué pasa cuando pasamos del libro a las pantallas —de la verdad revelada a la verdad enlazada—, al tiempo que se cuestionan los límites de la liquidez contemporánea. Pero la postura ética del autor no nos arroja en manos del “todo vale”: es conocida la tendencia de un futuro *cyber-punk* donde la *high-tech* supusiera una *low-life*, pero no es su opción. En su opinión y de acuerdo con posiciones pragmatistas, las nuevas tecnologías van a suponer posibilidades del todo inimaginables como especie humana, salud, ocio o conocimiento. Con todo ello los límites tradicionales del ser humano saltan por los aires.

El capítulo 4 nos induce a pensar la simulación de la intuición humana y la ya citada tesis *emergentista*: los resultados que encontramos en la naturaleza son, en la aplicación de algoritmos recursivos, lo que nos esperanza. Tal vez encontremos en algún momento conciencia en dicha emergencia. Habríamos superado el límite de especificidad humana, porque nada nos impide pensar que esa emergencia no conlleve potencialidades de libre arbitrio. Y es que la biología contemporánea no hace sino presentarnos, cada poco tiempo, estructuras naturales complejas que son creadas por algoritmos recursivos: desde el famoso copo de nieve o las colmenas a los órganos humanos.

Pero continúa: ¿qué es lo que llevó a Turing a afirmar desde la superioridad de la mente humana a finales de los años 30 —misma tesis hoy mantenida por Penrose—, a creer en la posibilidad de los ingenios mecánicos de alcanzarla? Esto fue la guerra (capítulo 5). Antes del 50 del pasado siglo pensábamos que la mente humana siempre estaría por encima de los algoritmos pues “la mente humana tiene una *ilimitada* capacidad” (95) y nuestra especificidad humana —conclusión que muchas veces extraen de los teoremas de Gödel— superaría siempre a las máquinas por potentes que estas sean. Sin embargo, la postura del autor “es que, *a priori*, esto es, al margen de la experiencia, no podemos saber si las máquinas acabarán sustituyendo a la inteligencia humana” (95). La cuestión está en dirimir si hay alguna capacidad que no pueda ser convertida en pasos repetibles: es decir, algoritmos. Si la libertad o la conciencia son traducibles a algoritmos —pasos que producen resultados— es esperable que demos con su recreación artificial. Por ello nuestro autor hace una negación rotunda de la conocida libertad humana. Nuestra posibilidad de decir “no” a un modo de vida y encaminarnos a otro, no supone un ejercicio de aleatoriedad y libertad extrema, sino un sencillo cambio de cadenas causales, muchas de las cuales escapan a nuestra conciencia.

Y llegamos al capítulo que nos mete de lleno en más actualidad. En “Todos contra Turing”, Valor abraza posturas antiesencialistas posmodernas, transhumanistas y razona en contra de los argumentos Žižek o Larson sobre las imposibilidades de los algoritmos. En contra del primero, razona que no hay un *a priori* que nos impida pensar que la *resemantización* de un hecho no sea automatizable; y contra el segundo, que la ocurrencia mágica de la abducción pueda ser resuelta con sub tareas de índole inductivo o deductivo. La argumentación que hace a través de *Los crímenes de la Calle Morgue* de Poe parece convincente. La identidad personal o la libertad —el *sanctasantum* de los mentalistas— podrían ser emuladas por máquinas modernas. Valor nos señala que es muy posible que neguemos esta tesis “porque experimentamos la libertad”, pero la salida que nos da la ciencia contemporánea niega que esas experiencias íntimas —identidad o libertad— tengan un correlato real. Tal vez somos máquinas y nada más que máquinas. Y pregunta: “¿del hecho de que nos sintamos libres podemos concluir que *realmente* seamos libres?”; o, de otro modo, “¿aunque tengamos la experiencia de la libertad, *realmente* decidimos sin estar determinados por circunstancias y condiciones?” (123). La respuesta a estas dos preguntas es negativa, por lo que nada nos evita pensar que sean reproducibles por otras entidades.

El capítulo 7, titulado “Otras mentes”, vuelve a la carga con Turing y con su idea de que, para entender a un ente, criatura, máquina o sujeto, no es necesario reproducir su estructura sino solo su comportamiento. Es la experiencia que tuvo después de la II Guerra Mundial con la máquina de cifrado alemana *Tunny*. Desde Bletchley Park habían conseguido entender su funcionamiento y predecir sus resultados sin necesidad de tener un ejemplar. Es lo que llevó al inglés a postular su idea de 1950, en que para tener inteligencia solo has de emular el comportamiento en una conversación entre iguales. Y como estamos hablando de “otras mentes”, el texto nos propone que pensemos si tenemos evidencias de que la mente humana sea igual en todas las latitudes, civilizaciones y tiempos. Su postura es que no lo sabemos ya que hoy podemos encontrar ideas o sentimientos incomprensibles en textos antiguos o, razón de más peso, porque la mayoría de los experimentos psicológicos contemporáneos se han hecho con perfiles WEIRD (*western, educated, industrialised, rich, democratic*). Esto arroja unos sesgos y características que nos hace dudar que sean universales, sino más bien resultado del condicionamiento en una cultura determinada.

Entre el capítulo 8 —“Bienvenidos al este de Tennessee”— y el 9 —“Qué será de nosotros”— nos presenta la consabida idea de que la repetición de tareas da, en la naturaleza y sociedades humanas, resultados de alta complejidad. Las investigaciones biológicas nos indican que “la lección que hay que extraer [...] es

que la naturaleza es ciega, y actúa reaccionando repetidamente y de la misma manera a las condiciones cambiantes del entorno” (153). Dicho de otro modo: el descubrimiento de algoritmos recursivos que encontramos a la base de muchos fenómenos naturales nos lleva necesariamente a pensar si no ocurrirá lo mismo con la conciencia e inteligencia humanas, una vez que hoy también hemos aceptado que son resultado de procesos naturales. Qué sea la mente no es el resultado de un viento divino, sino que es la salida de procesos biológicos y neuroquímicos de nuestro cerebro. Si conseguimos reproducir el comportamiento de todo nuestro cerebro, es posible que veamos emerger sus estados de conciencia. Esta es la tesis fuerte y central que el texto presenta.

Para ello se fija incluso en las abejas australianas, un tipo de insecto que construye colmenas con patrones geométricos precisos. “¿Y es que las abejas saben geometría?” se pregunta. Obviamente no, sino que cada individuo de la colonia tiene un par de comportamientos situados, que, unidos a los demás y en base a la presión del entorno, resulta en unas construcciones precisas. La postura de Valor es que este es el gran descubrimiento de los últimos trabajos en vida de Turing y que, si aceptamos su viabilidad para la naturaleza toda, no lo podemos excluir de los resultados mentales creados por el cerebro.

El último capítulo – “Corren tiempos de cambio”– es un viaje a un futuro lleno de tecno-optimismo, donde la vida en el planeta Tierra y la especie humana han superado muchas de sus limitaciones: en un mundo reproducible artificialmente cabe toda posibilidad que pueda ser imaginada. Los robots, el cuerpo de esos resultados algorítmicos, ocuparán muchas de las tareas humanas, pero esto no nos llevará a desentendernos de nuestra Tierra y materialidad. En opinión del autor, cuando las máquinas lo pueblen todo, daremos más valor a experiencias de carácter terrestre o manual.

Por último, el Epílogo, analiza las diferentes normativas sobre IA que se están aprobando en los parlamentos. La legislación de la UE regula que las máquinas sean siempre acompañamiento a la tarea humana; la de Estados Unidos busca proteger el desarrollo de tecnología y libertades civiles; y la China entiende la IA como herramienta estratégica a desarrollar para el dominio del orbe. Pues bien, en opinión de Valor, la legislación que mejor encaja con el sueño de Turing –aquel que fechamos en el 34– es la norteamericana, por ser la que ha entendido que la algoritmia no debe tener límite. Todo esto para concluir que la fascinante aventura a la que nos lleva la tecnología actual y la IA es a afirmar que no hay nada estático, tampoco en el ser humano, sino que estamos a las puertas de una explosión sin igual de nuestro *devenir*.

Como conclusión, nos encontramos ante una obra de enorme claridad e innovación, que ayuda al análisis sobre las consecuencias que para la humanidad puede tener la IA. De este modo, si tuviéramos que volver a Grecia, no podríamos sino darle la razón a aquel Heráclito, que afirmaba que lo único que permanece es el cambio. Exactamente lo que nos pasa como especie. Esto es probablemente lo que será de nosotros a hombros de la inteligencia artificial.